

E. M. Cioran

Sobre Francia

Prólogo de Alain Paruit

**Traducción del francés de
Carlos Manzano**

Biblioteca de Ensayo 51 (serie menor) Ediciones Siruela

La metamorfosis

Era la época de la guerra. Cioran estaba en París. Escribió en lápiz, con grandes trazos muy marcados, «1941», como habría podido escribir «FIN» en su manuscrito, este texto que tituló *Sobre Francia*, pensando en los moralistas del siglo XVIII, tal vez presintiendo ya que un día sería uno de ellos, aunque sólo fuera por el estilo, que en este caso es «contenido». ¿Acaso no esbozó su retrato premonitorio cuando los comparó con los grandes creadores extranjeros?

Extraño libro, éste. Aunque aparentemente dedicado a la decadencia de Francia, es, en realidad, un himno a ella, un himno de amor. Si bien la palabra *decadencia* reaparece a menudo, para explicar que Francia carece ya de futuro porque *ha dado demasiado*, durante tanto tiempo, más que ningún

otro país del mundo (la derrota había pasado por allí, Cioran vio –«momento tan dramático¹»– a los alemanes subir por el bulevar Saint-Michel), los elogios son más numerosos, más variados, más regulares: Francia es «la provincia ideal de Europa», en la que vive «un pueblo *abrumado por la suerte*», «un pueblo que durante siglos fue la sangre de un continente y la gloria del Universo»; «cuando Europa esté cubierta de sombras, Francia seguirá siendo su tumba *más viva*». Y por último: «¡Qué grande fue Francia!».

Un libro inesperado. Unos años antes, en Berlín, Cioran admiraba sin reservas la disciplina y la pujanza nazis y, mira por dónde, sin decirlo explícitamente, se pone, también sin reservas, a favor de lo opuesto: del vencido contra el vencedor. Es que «Francia prefigura el destino de los demás países», porque «Europa necesita, después de tanto fanatismo, una oleada de dudas...». Ahora bien, ¿quién podría proporcionársela mejor que el escepticismo francés? Pero también y sobre todo porque en ade-

¹ *Itinéraire d'une vie*, Michalon 1995, pág. 112.

lante Cioran se identificaría con Francia, algo en él, más fuerte que él, lo *afrancesó*: tal vez se le reprochara, pero lo *quería* inconscientemente. «Comprendo muy bien a Francia por todo lo podrido que hay en mí», escribe.

Un libro kafkiano, éste. Cioran, el antisemita de antes, estaba cambiando de piel. El judío se volvió su hermano en el sufrimiento. «*Sólo los pueblos que no han vivido no decaen... y los judíos*», subraya. «Nosotros, encadenados en nuestros destinos aproximados (...)», añade, «que sufrimos experiencias y alienaciones... como pobres judíos librados de las tentaciones mesiánicas. Todos los países fracasados comparten el equívoco del destino judaico: los corroe la obsesión del implacable incumplimiento».

El libro bisagra de Cioran. Escribió, aún en rumano, pero en Francia, una oda a ella, amada incluso en su decadencia, en su fin, en su caída, que no podría carecer de grandeza, por lo muy grande que fue. ¿Eran Inglaterra, Alemania, la propia Rusia, más fuertes? Seguramente, pero su corazón latía por Francia. La larva de antes era ya crisálida: en el futuro la *imago* alzaría el vuelo en las letras francesas

y la *Decadencia* pasaría a ser *Podredumbre* en un *Breviario* magistral. El Cioran nuevo llegó tan deprisa, tan bruscamente, que nos preguntamos qué misterio puede ocultarse tras esa fecha: 1941.

Alain Paruit

*Colección de exageraciones enfermizas**

No creo que me interesaran los franceses, si no se hubieran aburrido tanto a lo largo de su historia, pero su aburrimiento está desprovisto de infinito. Es el *aburrimiento de la claridad*. Es el cansancio de las cosas *entendidas*.

Mientras que entre los alemanes las trivialidades están consideradas la esencia *honorable* de la conversación, los franceses prefieren una mentira *bien dicha* a una verdad mal formulada.

Todo un pueblo enfermo de *depresión*. Ésa es la palabra más frecuente tanto en la alta sociedad

* Las palabras en *cursiva* están subrayadas por el autor en el manuscrito.

como en la baja. La *depresión* es el hastío psicológico o visceral; es el instante invadido por un vacío sufrido, sin motivo, mientras que el hastío es la prolongación *en la esfera espiritual* de un vacío inmanente del ser. En comparación, *Langeweile*¹ es sólo una falta de ocupación.

El siglo *más francés* es el XVIII. Es el salón convertido en universo, es el siglo de la inteligencia con encajes, de la finura pura, de la artificialidad agradable y hermosa. Es también el siglo que más se aburrió, *que dispuso de demasiado tiempo*, que sólo trabajó para pasar el tiempo.

«¡Qué reparador me habría resultado estar a la sombra de la sabiduría irónica de Madame du Deffand, tal vez la persona más clarividente de aquel siglo!» «*Sólo encuentro en mí la nada y tan malo es encontrar la nada en uno mismo como afortunado sería haber permanecido en ella.*» En comparación, Voltaire, su amigo, que decía «nací muerto», es un bufón sabio y laborioso. La nada en un salón, ¡qué definición del *prestigio*!

¹ «El aburrimiento, la ociosidad.»

Chateaubriand, aquel francés británico como todo bretón, da la impresión de una trompa rugiente junto a las efusiones *en sordina* de la implacable Señora. Francia ha tenido el privilegio de contar con mujeres inteligentes, que introdujeron la coquetería en el ingenio y el encanto superficial y delicioso en las abstracciones.

Una agudeza vale tanto como una revelación. Una es profunda, pero no puede expresarse, la otra es superficial, pero lo expresa todo. ¿Acaso no es más interesante realizarse en la superficie que desarmarse con la profundidad? ¿Dónde hay más cultura? ¿En un suspiro místico o en un «chiste»? En este último, naturalmente, aunque una respuesta alternativa sea la única válida.

*

¿Qué ha amado Francia? Los estilos, los placeres de la inteligencia, los salones, la razón, las pequeñas perfecciones. La expresión precede a la naturaleza. Se trata de una cultura de la forma que cubre las fuerzas elementales y extiende sobre todo

brote pasional el barniz bien pensado del refinamiento.

La vida –cuando no es sufrimiento– es juego.

Debemos estar agradecidos a Francia por haberlo cultivado con maestría e inspiración. De ella he aprendido yo a no tomarme en serio, salvo en la obscuridad, y, en público, a burlarme de mí mismo. Su escuela es la de una despreocupación saltarina y perfumada. La tontería ve por doquier objetivos; la inteligencia, pretextos. Su gran arte estriba en la distinción y la gracia de la superficialidad. Dedicar el talento a cosas insignificantes –es decir, a la existencia y las enseñanzas del mundo– es una iniciación a las dudas francesas.

Conclusión del siglo XVIII, aún no mancillada por la idea de progreso: el Universo es una farsa del espíritu.

*

Podemos creer en lo que queramos, podemos edificar divinidades ante las que prosternarnos u ofrecer sacrificios. Proceden del exterior, son abso-

lutos exteriores. La verdadera divinidad del hombre es un criterio que lleva en la sangre y mediante el cual juzga todas las cosas. Desde qué ángulo juzgar la naturaleza, conforme a qué imperativo psicológico seleccionar los valores: ése es el absoluto efectivo, en comparación con el cual quien predica la fe es pálido e insípido.

La divinidad de Francia: el *gusto*, el buen gusto, según el cual, el mundo –para existir– debe gustar, estar bien hecho, consolidarse estéticamente, tener límites, ser un encantamiento de lo aprehensible, un dulce florecimiento de la finitud.

Un pueblo de buen gusto no puede amar lo sublime, que no es sino la preferencia del mal gusto elevado a la monumentalidad. Francia considera todo lo que supera la *forma* una patología del gusto. Su inteligencia tampoco admite lo trágico, cuya esencia se niega a ser *explícita*, como lo sublime. Por algo Alemania –*das Land der Geschmacklosigkeit*²– ha cultivado los dos: categorías de los límites de la cultura y del alma.

² «El país del mal gusto.»

*

El gusto se sitúa en los antípodas del sentido metafísico, es la categoría de lo visible. Incapacitado como está para orientarse en el embrollo de las esencias, alimentadas por la barbarie de la profundidad, mima la ondulación inmediata de las apariencias. Lo que no encanta al ojo carece de valor: ésa parece ser su ley. ¿Y qué es el ojo? El órgano de la superficialidad eterna –la búsqueda de la proporción, el *miedo* a la falta de proporción– define su avidez por los contornos observados. La arquitectura, adornada conforme a la inmanencia; la pintura de interiores y el paisaje, sin la sugerencia de las lejanías intactas (Claude Lorrain: un Ruysdael de salón, avergonzado de soñar); la música de la gracia accesible y del ritmo medido, otras tantas expresiones de la proporción, de la negación del infinito. El gusto es belleza sopesada, elevado a refinamiento categorial. Los peligros y las fulminaciones de lo bello le parecen monstruos; el infinito, una caída. Si Dante hubiera sido francés, sólo habría descrito el Purgatorio. ¿Dónde habría encontrado en sí mismo suficiente

fuerza para el Infierno y el Paraíso y bastante audacia para los suspiros extremos?

*

El pecado y el mérito de Francia estriban en su sociabilidad. Las personas parecen estar hechas exclusivamente para reunirse y hablar. La necesidad de conservación proviene del carácter acósmico de esa cultura. Ni el monólogo ni la meditación la definen. Los franceses han nacido para hablar y se han formado para debatir. Si se los deja solos, bostezan, pero, ¿cuándo bostezan en sociedad? Ése es el drama del siglo XVIII.

Los moralistas denostan al hombre en sus relaciones con sus semejantes; no se han elevado a esa condición en cuanto tal. Por esa razón, no pueden superar la amargura y la acritud... y tampoco la anécdota. Deploran el orgullo, la vanidad, la mezquindad, pero no sufren por la soledad interior de la criatura. ¿Qué diría La Rochefoucauld en medio de la naturaleza? Pensaría sin lugar a dudas en la duplicidad del hombre, pero no sería capaz de